

*El luto humano y la narrativa mexicana que lo precede*¹

EDITH NEGRÍN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

El luto humano (1941), la segunda novela de José Revueltas (*OC* 2), tematiza la historia de México en el siglo XX, a través de un hilo anecdótico muy sencillo: un grupo de campesinos sale de su pueblo en busca de nuevas tierras, tras el fracaso de un sistema de riego. Mediante indicios precisos, el texto establece un presente de la historia narrada que corresponde a algunos años anteriores a la etapa de escritura y publicación de la novela. La anécdota del sistema de riego remite a la reforma agraria gubernamental que tuvo lugar en la década de los treinta. Los planos del pasado de la narración tienen como referente extratextual los años finales del régimen porfirista, la etapa de la lucha armada del movimiento revolucionario de 1910 y el levantamiento campesino cristero que se inicia en 1926. En distinto nivel —porque no son vividos por los personajes de la novela—, se mencionan otros planos históricos que tienen una enorme significación simbólica: la conquista y colonización de México en el siglo XVI y la Revolución soviética de 1917.

El nivel referencial, temático, que considera la historia como texto, es sólo un aspecto del proceso intertextual. Mediante la intertextualidad, el texto entra en la historia en un amplio sentido,

¹ Este artículo forma parte del libro *Entre la paradoja y la dialéctica. Una lectura de la narrativa de José Revueltas*, de próxima aparición.

y la historia, en el texto, como sabemos gracias a Julia Kristeva en su desarrollo de algunos conceptos bajtinianos. Centrando la intertextualidad en el terreno de la literatura, comparto la premisa de que todo texto es absorción y transformación de una multiplicidad de otros textos; de que cada obra nueva entra en un diálogo de afinidades y diferencias con algunas de las obras que la precedieron y se abre igualmente a la interlocución con las que la sucederán.

En *El luto humano* se perciben las huellas de una tradición narrativa nacional, las de algunas novelas de la Revolución mexicana y otras del ciclo de la Cristiada. La novela de Revueltas representa un salto cualitativo, desde el punto de vista literario, en cuanto a complejidad de puntos de vista y planos tempoespaciales, respecto de las anteriores. En este trabajo, no obstante, el diálogo entre las novelas apunta más a los aspectos ideológicos que a los formales.

1. "El pueblo puro y eterno...":

la novela de la Revolución mexicana.

1.1. Todos los novelistas de la Revolución mexicana "procedemos de *Los de abajo*", decía en 1956 José Mancisidor (OC 5: 771), parafraseando a Dostoyevski: "todos procedemos de *La capa* de Gogol". Aun cuando José Revueltas invocaba, en 1967, la misma cita de Dostoyevski para afirmar a su vez que toda la narrativa mexicana moderna descende de la obra de Martín Luis Guzmán (OC 24: 253), es posible que hubiera suscrito en última instancia la afirmación de Mancisidor, pues estaba consciente de la importancia de *Los de abajo*. Subrayo "en última instancia", porque Revueltas, al igual que Mancisidor, consideraba que el cuadro de la Revolución ofrecido por la obra seminal de Azuela era incompleto. En un texto de 1946 —tres años posterior a la publicación de *El luto humano*—, Revueltas afirmó que "don Mariano Azuela en *Los de abajo* [...] peca por escamoteo, miente por omisión" (OC 24: 236). El escritor comunista lamentaba,

principalmente, que en esta novela no hubiera sitio para “el pueblo que vence a pesar de todo, la esperanza ciega e inarticulada de los hombres, en una palabra, todo lo que redime y alienta” (236).

Aquí Revueltas hace explícito el vínculo entre “el pueblo”, “la esperanza” y “la redención” que actúa en la trama de *El luto humano*. Hacia el final de la novela, cuando los sobrevivientes del puñado de campesinos que habían emprendido el viaje están a punto de morir, el personaje Marcela se pregunta: “y el *pueblo*, ¿qué sería de él, agonizando, maldito, víctima del agua vengadora?”, y poco después, “¿Qué *redimían* ellos, Úrsulo, Calixto, Cecilia, y ella misma?” (OC 2: 183). La palabra *pueblo* es polisémica: se refiere, en un sentido literal, a una entidad geográfica precisa, el sitio donde habitaban los protagonistas que vivieron el frustrado experimento agrario. Remite asimismo a una entidad social, de acuerdo con una concepción que tiene que ver tanto con la herencia romántica asumida por la historia popular como con el marxismo.² El vocablo connota marginación y opresión.

² Según el historiador Raphael Samuel, “el «descubrimiento del pueblo» en la Europa de finales del siglo XVIII —es decir, el descubrimiento de las baladas populares y la utilización de materiales de la vida tradicional para reconstituir el pasado antiguo— fue, primero [...], obra de eruditos literarios y poetas, los cuales buscaban en la cultura campesina una escapatoria de las artificialidades de los salones y las cortes. Más adelante, la aparición de la historia popular en Francia forma parte de un movimiento mucho más amplio de la sensibilidad literaria al que se ha pegado la etiqueta de romanticismo social [...]. Puede que el realismo social de la historia popular proceda también del movimiento romántico en la poesía y el arte, especialmente de las diversas formas en que se desarrolló durante los decenios de 1830 y 1840” (Samuel 21). Para Peter Burke, “el pueblo era un misterioso «otro», al que se describía en términos de todo aquello que sus descubridores [intelectuales procedentes en su mayor parte de las clases altas] no eran (o creían no ser): natural, sencillo, instintivo, irracional y enraizado en el suelo local” (Burke 78-81). De acuerdo con este estudioso, “el motivo político del descubrimiento de la cultura popular fue que encajaba, legitimándolos, en los movimientos de liberación nacional que entraron en erupción en toda Europa a principios del siglo XIX, en Grecia, Servia, Bélgica, etc. [...]. El descubrimiento del pueblo fue un movimiento «nativista» en el sentido de que constituyó un intento de varios países europeos, muchos de los cuales se encontraban bajo la dominación extranjera, de reavivar sus culturas tradicionales [...]. «Pueblo» era una palabra clave en una ideología”. El historiador aclara

En esta novela, el grupo de campesinos desterrados simboliza a todos los desposeídos de la moderna nación mexicana. El narrador parece tener la voluntad de comprender la historia desde la óptica de "los de abajo"; y un resultado de este punto de vista es la atmósfera de impotencia y desencanto que impregna el relato.

Además de esta perspectiva global, hay en la novela de Revueltas trazos narrativos precisos que la asocian con la de Azuela.

En la trama de *El luto humano*, el pueblo había puesto su esperanza histórica en la Revolución de 1910. La visión de este movimiento se presenta en la trama en forma estereoscópica, a través de los recuerdos de tres personajes: Adán, que en el presente de la historia narrada se ha convertido en un mercenario encargado de tareas represivas; Natividad, líder comunista con rasgos cristianos, organizador de la huelga en el sistema de riego, y Calixto, del que sólo se sabe que es un campesino de tantos.

Ellos tres, al igual que otros insurrectos, viven el movimiento armado de 1910 como una confusa dinámica de huidas y persecuciones que les hace perder la noción del tiempo y el espacio y les impide comprender el significado de la lucha que llevan a cabo. Para Adán la Revolución "era correr por el monte sin sentido" (154); Calixto obtiene como botín unas joyas y siente que "era preciso huir" (99). Los guerrilleros de una anécdota evocada por Natividad pasan de ser los perseguidores de los federales a escapar de ellos. El comandante de los revolucionarios afirma:

hay que darnos cuenta de una cosa: estamos a merced de esos tales por cuales y no tenemos más remedio que caminar y caminar sin reposo [...]; no tenemos más remedio... —concluyó refiriéndose al tema de siempre, a la huida eterna (146-147).

que para esta concepción el "pueblo" eran los campesinos. Raphael Samuel habla de una alianza entre esta historia y el marxismo, basada por supuesto en las convergencias ideológicas (Samuel 22); en esta alianza se ubica el pueblo de la narración de Revueltas: se trata de unos campesinos idealizados que son a la vez incipientes proletarios.

El narrador, que es quien ha hablado de "la huida eterna", explica: "aquello no era revolución; aquello no era nada: caminar tan sólo, caminar, caminar" (147). Hay un nexo constante entre la itinerancia y la pérdida del sentido; los soldados perseguidos-perseguidos se preguntan:

¿Qué hacer si la lucha no tiene objeto, sentido, realidad? Se camina por sobre un vasto país desierto, con el enemigo en el aire, y entonces todo pierde su punto de relación, en primer término el hombre, como si las cosas fueran de otro planeta (150).

La situación vivida por la tropa se reproduce individualmente; el propio Natividad pasa de ser perseguidor de un capitán porfirista infiltrado entre los revolucionarios a ser perseguido por los federales: el de Natividad y el capitán "fue un caminar como si hubieran ocupado la luna y erraran sobre apagados cráteres y árboles de cal y una tierra hueca" (150).

Aún el dirigente comunista que representa el nivel de conciencia más avanzado extravía momentáneamente el sentido, "pierde" la Revolución, si bien por un breve lapso; afirma: "tres días anduve perdido y sin encontrar la revolución" (151). Y el narrador opina: "curiosa esta revolución que parecía no saberse a sí misma" (145).

Toda esta dinámica recuerda *Los de abajo* (1915), en donde la narración se desarrolla a la par que la caminata de los revolucionarios, pero cuyo hilo conductor profundo es, sin duda, "el grado de conciencia de la causa de la Revolución" (Mansour 253), que ellos pueden alcanzar. Una de las características que han sido más estudiadas en esta novela es la ignorancia de los campesinos acerca de su propia Revolución, tanto de los acontecimientos inmediatos, como de su significado histórico.

Así, Demetrio Macías, personaje representativo de los campesinos revolucionarios, pregunta en uno de los capítulos iniciales de la novela, al encontrarse con Luis Cervantes: "¿Pos cuál causa defendemos nosotros?" (Azuela 19). Y finaliza su vida —y la novela— sin saberlo. Después de dos años de pelea, tras la derrota de su tropa, se reúne con su esposa y su hijo; cuando ella le

pregunta por qué seguir peleando, Demetrio arroja una piedra al fondo del cañón y responde "Mira esa piedra cómo ya no se para..." (138).

Demetrio tampoco estaba enterado de las diferencias entre los caudillos revolucionarios. En el momento de la ruptura entre Villa y Carranza, Pánfilo Natera le inquiere de parte de quién se va a poner, y el dirigente campesino responde:

Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante... La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dio... Bueno, pos ya sabe que no más me dice: Demetrio, haces esto y esto... ¡y se acabó el cuento! (122).

Demetrio no es el único. El narrador traduce el sentimiento de varios "grupos de soldados":

Porque si uno trae un fusil en las manos y las cartucheras llenas de tiros, seguramente que es para pelear. ¿Contra quién? ¿En favor de quienes? ¡Eso nunca le ha importado a nadie! (125).

Los ejemplos pueden multiplicarse. Me refiero sobre todo a la obra de Mariano Azuela, porque es el más importante en el caso de Revueltas. Sin embargo, en otras novelas de la Revolución mexicana se aprecia una ignorancia similar por parte de los guerrilleros. Así, por ejemplo, en la novela *Tierra* de Gregorio López y Fuentes, publicada en 1932; en la parte fechada en 1910, unos insurgentes zapatistas dialogan:

—Bueno, ¿y ahora qué peleamos? Don Porfirio ya se fue...

—Allá nos lo dirá el jefe. Por mí ni cuidado, que bien me gusta el trote.

—Tienes razón. ¡A darle pues! (275).

En *El luto humano*, si bien el personaje que se propone como el único capaz de redención, Natividad, no carece ni de información ni de conciencia, el narrador defiende cierta incultura popular, sugiriendo que hay un tipo de sabiduría propio de las clases dominantes y otro del pueblo. Dice, por ejemplo:

Zapata era un general del pueblo, completamente del pueblo. Ignoraba donde se encuentra Verdún. Durante la guerra del 14 creyó, según se cuenta, que los carrancistas, sus enemigos, estaban atacando Verdún. Zapata era del pueblo, del pueblo puro y eterno, en medio de una revolución salvaje y justa. Las gentes que no ignoraban lo que era Verdún ignoraban, en cambio, todo lo demás. Lo ignoraban en absoluto (145).

En *Los de abajo* el que es capaz de responder a las interrogaciones históricas sobre el movimiento revolucionario es Luis Cervantes, el Curro, quien explica a Demetrio:

Mentira que usted ande por aquí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ello estamos luchando nosotros (43).

Pese a su contenido, estas palabras, en boca de un personaje caracterizado como un modelo de intelectual oportunista, quedan reducidas a mera demagogia. En cambio, en *El luto humano*, quien tiene las respuestas es Natividad, que se vincula a un discurso muy distinto, concreto y sensible: “¡Encontrar la revolución! Como si la revolución fuese una persona, una mujer” (152). Después de los tres días mencionados, Natividad encuentra la Revolución y el sentido.

Por otra parte, Calixto es un personaje heredero de los de Azuela. El proceso de la corrupción y el deterioro humano vivido por los revolucionarios, que es uno de los ejes de *Los de abajo*, parece estar sintetizado en la historia de este campesino. Calixto, una vez que se apodera de las alhajas y se dedica a cuidarlas, pierde todo sentimiento de solidaridad respecto de sus compañeros y todo deseo de cambio social:

Que la revolución cesara y se estableciese un orden eterno, sin

más revoluciones, sin mas inquietud, sin asechanza ninguna [...]. El odio se apoderó de su alma. Aborrecía a los que, merced a este milagro de las joyas, ya no eran sus iguales; a los descalzos, a los desnudos. Que murieran, desaparecieran (99).

Meses terribles aquellos que aún restaron a partir de ese día, que hasta llegó a enfermar Calixto de delirio persecutorio. Se dormía con la bolsa de joyas junto a sí y oprimiendo su revólver (100).

A propósito de Calixto se introducen en la novela las escenas del saqueo de las casas ricas que llevan a cabo los guerrilleros, escenas que tienen denominadores comunes con las descripciones de Azuela: el asombro ante los muebles y las joyas, el placer orgiástico de la destrucción. Así en *Los de abajo*, por ejemplo, la Pintada:

hundió la punta de acero en la hendidura de un cajón y, haciendo palanca con el mango, rompió la chapa y levantó astillada la cubierta del escritorio.

Las manos de Anastasio Montañés, de Pancracio y de la Pintada se hundieron en el montón de cartas, estampas, fotografías y papeles desparramados por la alfombra.

Pancracio manifestó su enojo de no encontrar algo que le complaciera, lanzando al aire con la punta del huarache un retrato encuadrado, cuyo cristal se estrelló en el candelabro del centro (78).

En *El luto humano*, el narrador prepara la escena del saqueo sumando, al suyo, el punto de vista de Calixto; y a la descripción del momento, los recuerdos de cuando éste, siendo niño, había servido como peón en esa misma hacienda. Así, la impresión infantil había sido la siguiente:

El sombrío gabinete mostraba su moblaje antiguo, macizo [...]. Pendiendo del techo, una araña de cristal parecía moverse imperceptiblemente, grande, majestuosa [...]. También un cuadro, en la pared, con su señora reposando dentro y aquellos ojos suyos entre los pómulos brillando, vivos aún, daba al gabinete ese tono, ese aire de descompuesta caja de música. Era una señora

con una cinta de terciopelo negro al cuello y en sus manos diminutas, pequeñísimas —pintadas así tal vez para halagar a la dama— un libro devoto, con cierres de metal (94-95).

Cuando, ya adulto, como revolucionario villista, Calixto vuelve a la hacienda, continúa el narrador:

No, ya no era tan grande el gabinete y hasta la araña de cristal aparecía mezquina. Por sobre el armario, fijo a la pared, aún se encontraba ahí el retrato de la dama con sus ojos extraños [...]. La dama, la señora abuela o madre o tía de don Melchor, desde el óleo de sus ojos, táctiles ya de cerca, miró con rabia a Calixto [...]. El busto mil ochocientos parecía agitarse sacudido por la indignación [...]. Calixto sacó su paliacate rojo y limpió meticulosamente el cuadro. Después, con su cuchillo rebanó el gordezuelo, albo, cuello de la dama [...]. En ese instante Calixto podía intentarlo todo y su corazón corría sin freno. De un golpe abrió la puerta del armario [...]. Nunca había visto tantas joyas reunidas [...]. Se tocó la frente bañada en sudor y una oscuridad se hizo ante su vista [...]. Se apoyó en la mesa para no caer, pero una mano prieta, ruda, se interpuso tomando entre sus dedos una joya.

Calixto volvió el rostro con temor. Ahí estaba uno de sus hombres [...]. No había malicia en aquel hombre. En efecto le maravillaba la joya, como si se tratase de un juguete prodigioso, sin más valor, y reía mostrando los grandes y hermosos dientes campesinos [...]. Calixto echó mano a su pistola.

El hombre continuaba sonriendo.

—¡Ah que mi jefe! —dijo, incrédulo—, a poco me va a matar...

Apenas pudo terminar la frase porque Calixto, ciego, disparó (97-100).

Tan horrorizado ante el espectáculo del saqueo, la destrucción y el crimen se encuentra el moralista Mariano Azuela en 1915 como el moralista José Revueltas en 1943. Pero los actos que en el texto del primero parecen reducirse al salvajismo y la ambición desenfrenada, en el de Revueltas tienen la fuerza de la vindicación. En *El luto humano* las motivaciones de los revolucionarios se describen con más complejidad y simpatía. Calixto

toma las joyas del hombre en cuya hacienda había sido peón. Destroza un cuadro, pero porque quiere decapitar a la mujer ahí retratada, parienta del hacendado y símbolo de las antiguas clases dominantes.

Ambos autores relacionan estos actos con la barbarie mexicana. Por parte de Azuela, el personaje Alberto Solís —clasificado por la crítica entre los “cultos y urbanos” de la trama de *Los de abajo* (Mansour 259)— explica a Luis Cervantes su desencanto por la Revolución en los siguientes términos:

hechos, gestos y expresiones que, agrupados en su lógica y natural expresión, constituyen e integran una mueca pavorosa y grotesca a la vez de una raza... ¡De una raza irredenta! (Azuela 62).

En *El luto humano* la descripción de Úrsulo y Adán abunda en adjetivaciones étnicas negativas que culminan en la mención de la “sangre envenenada, mestiza” (18) del último. Pero el marxismo asumido por el autor lo obliga a cuestionar estas valoraciones, aun cuando de hecho operan en el texto, y al final de la novela explica que Adán y Úrsulo son “la transición [...] contradictoria, hacia algo que aguarda en el porvenir” (186). La concepción negativa de lo mexicano es parecida a la de Azuela, pero Revueltas insiste en no darle un carácter totalizador.

En *Los de abajo*, pese a la crítica a ciertos intelectuales como Cervantes, el énfasis se pone en la barbarie popular, mediante la descripción de los ataques de los revolucionarios a obras de arte y objetos relacionados con la cultura. Así, los insurgentes queman los libros:

Afuera en un ángulo del patio y entre el humo sofocante, el Manteca cocía elotes, atizando las brasas con libros y papeles que alzaban vivas llamaradas [...]. —¡Mira tú... cuánta vieja encuerada! —clamó la chiquilla de la Codorniz, divertidísima con las láminas de un lujoso ejemplar de *La divina comedia*—. Ésta me cuadra y me la llevo” (79-80).

Ejemplifica también la actitud de los insurrectos el episodio de la máquina de escribir:

La “Oliver”, en una sola mañana había tenido cinco propietarios, depreciándose uno o dos cada cambio de dueño. La verdad era que pesaba demasiado y nadie podía soportarla más de media hora.

—Doy peseta por ella —ofreció la Codorniz.

—Es tuya —respondió el dueño dándosela prontamente y con temores ostensibles de que aquel se arrepintiera.

La Codorniz, por veinticinco centavos tuvo el gusto de tomarla en sus manos y arrojarla luego contra las piedras, donde se rompió ruidosamente (64).

Cabe agregar que esta aniquilación de la máquina, “como una señal”, dice el narrador, desata en esa escena la destrucción de todos los objetos rompibles.

No es casual, creo, que en *El luto humano*, el personaje Natividad use una máquina de la misma marca —“Oliver”— para “redactar oficios y pasarlos en limpio”, labor que se menciona junto a otras, como curar enfermos y atender a las soldaderas par-turientas (139), tareas todas de signo positivo a las cuales él se dedica durante la lucha armada. Éste es uno de los pasajes en que, a través de la actuación frente a un objeto, el narrador reitera su diferencia frente a Azuela. En el movimiento revolucionario, según *El luto humano*, sí hay alguien que sabe apreciar una máquina de escribir; el mismo que comprende el significado de la insurrección.

Natividad cuenta entre sus remembranzas escenas de solidaridad, las tropas que por las noches se reunían a cantar corridos, las soldaderas preparando el desayuno de un centinela que va a ser fusilado (141-142). No obstante, y a pesar de la crítica de Revueltas a *Los de abajo*, el tratamiento de “el pueblo” en *El luto humano* tiene algunos aspectos en común con el de la obra fundadora de la novela de la Revolución. La anhelada redención podría haber surgido de Natividad, quien deriva su grandeza, como dice el narrador, de su identificación con las masas y la historia, pero no surge de las propias masas.

1.1.1. El personaje de Natividad no parece tener antecedentes en

la novela de la Revolución mexicana. El crítico Christopher Domínguez (60) apunta que su predecesor es el líder obrero Juan Manuel de la novela proletaria *La ciudad roja* (1932) de José Mancisidor. Aunque esta obra supuestamente tematiza una huelga inquilinaria en Veracruz, de hecho se convierte en la historia de Juan Manuel, su encarcelamiento y su muerte en la lucha. El trazo del líder como redentor y víctima propiciatoria es similar ciertamente al de *El luto humano*, pero no van más allá las coincidencias.

En *La ciudad roja* la visión peyorativa de la masa es una constante; se la llama "masa-niña" (Mancisidor *OC* 2: 180), "chusma" (166). Juan Manuel es descrito como "hermano de miseria" de las masas (177), pero "un hermano mayor" (167); él "penetraba bien el estercolero en que las masas chapoteaban sin encontrar el Norte de su liberación" (249); deseaba "escalar el Poder [...], empuñarlo poderosamente para lograr la completa redención de las masas oprimidas" (251).

Al principio de la novela el narrador expresa simpatía y compasión por los marginados, en este caso, las familias desalojadas de sus habitaciones, pero los sentimientos iniciales se van transformando en franco desprecio por las multitudes. El tratamiento que el marxista Mancisidor da al pueblo es por completo distinto al de *Revueltas*.

1.2. Si las evocaciones de Calixto, en *El luto humano*, implican una visión del movimiento revolucionario como saqueo y robo, las de Adán tienen que ver con la crueldad gratuita. El mercenario recuerda al general de su división que, aburrido de practicar su puntería con monedas, había decidido hacerlo con el cadáver de un fusilado:

El general apuntó sin dejar de reírse y su disparo resultó tan perfecto que hizo un pequeño agujerito en medio de las dos cejas del cadáver, justamente arriba del tabique de la nariz, como un lunar.

Los otros tiradores, menos diestros, pegáronle en la frente, en los pómulos y en las mejillas, con lo cual el cadáver inclinóse

hacia adelante, como si tuviese un dolor de estómago. Parecía entonces vivo, cual participando en el juego y cual si también quisiera hacer el gracioso (154).

Sin duda las escenas de violencia y sadismo en la Revolución se encuentran ya en *Los de abajo*; sin embargo este breve episodio vivido por Adán lleva la impronta de otro de los libros que están en la raigambre de la narrativa de la Revolución mexicana: *El águila y la serpiente* (1928) de Martín Luis Guzmán, en especial el capítulo titulado "La fiesta de las balas". En él, se presenta a Rodolfo Fierro jugando a tirar al blanco con un grupo de prisioneros oroquistas que, de cualquier forma, iban a ser fusilados. Fierro hace que sus víctimas entren uno a uno en un corral y les promete que el que logre saltar la barda opuesta a la entrada va a quedar libre.

Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los soldados dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia: loca carrera que a ellos les parecería como de sueño. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó el primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo—Fierro disparó ocho veces en menos de seis segundos—, y el último cayó al tocar los dedos con los adobes que, por un extraño capricho de este momento, separaban de la región de la vida la región de la muerte (Guzmán 485).

El narrador de *El águila y la serpiente* describe los hechos con frialdad y distanciamiento, no los interpreta. El narrador de *El luto humano*, en cambio, trata de entender y reflexiona asumiendo el punto de vista de Adán. Éste evoca la anécdota y piensa que tal vez el único propósito de la guerra era "ejercitar resortes secretos del hombre, sus celos, su resentimiento, su extraordinaria y sorprendente barbarie" (152). Y concluye: "la revolución era eso: muerte y sangre. Sangre y muerte estériles" (155). En otro pasaje, el narrador afirma que la Revolución para Adán era "pisotear un sembrado"; y reflexiona al respecto: "el odio demanda

también su establecimiento y pisar un surco se convierte en una negación fortalecedora" (154-155).

El episodio es parecido en ambos textos, pero la actitud de los narradores es distinta. En *El águila y la serpiente*, el narrador ve en la matanza de los orozquistas la mejor pintura de Rodolfo Fierro y del villismo (478). En *El luto humano*, el narrador, por una parte trata de ver, dialécticamente, un germen positivo en la anécdota; por otra, la relativiza al entreverarla con las memorias de Natividad.

2. "*Tierra de prodigio, donde se siembran calaveras y nacen cruces*": la novela cristera.

El nexo de *El luto humano* con la novela cristera parece evidente y ha sido señalado por la crítica. Sin embargo, este señalamiento se ha dado sólo en términos muy generales, sin entrar en detalles. Tal vez ello se deba, en parte, a que esta vertiente de la novela de la Revolución mexicana, que en algunos casos ha sido llamada novela de la contrarrevolución (Cortés Gaviño 5; Dessau 290; Sefchovich 95), no ha sido suficientemente estudiada. De hecho, suele agruparse bajo el rubro de novela cristera a todas las que aluden a la guerra religiosa o a sus secuelas: el resultado es un corpus literariamente disparejo e ideológicamente heterogéneo.

Por otra parte, Revueltas no se ocupó de la novela cristera en sus ensayos ni en sus entrevistas, como lo hizo con otras tendencias narrativas contemporáneas. No hay pruebas de que el escritor leyera las novelas cristeras que se publicaron antes que *El luto humano* y, a partir de los textos, la única novela con la que encontramos cierta similitud es *La virgen de los cristeros* (1934) de Fernando Robles.

No obstante, me parece de interés señalar los elementos en común y las diferencias de *El luto humano* con varias novelas cristeras.

2.1. El texto fundador de la novela cristera es *Héctor* (1930), de Jorge Gram, seudónimo del sacerdote David G. Ramírez. Se trata de un manifiesto propagandístico en favor de la insurrección que, por supuesto, está vertebrado por el maniqueísmo. De esta obra ha dicho John Brushwood: "su punto de vista y sus deficiencias artísticas son menos importantes que la necesidad evidente que tenía el país de explicarse a sí mismo" (350).

Esta urgencia de autoexplicación nacional que puede observarse en toda la novela de la Revolución mexicana, en mayor o menor medida, suele ser explícita en las primeras novelas cristeras; por lo general incluyen una breve historia del movimiento religioso, a veces enmarcado dentro de una breve historia de México. *El luto humano* también responde a la necesidad de esclarecerse el país, y su autor tal vez quiso hacer notar sus diferencias con la visión partidista de la Cristiada expresada en novelas como la de Gram. El protagonista de *Héctor*, talentoso y valiente joven entregado a la militancia cristera, se llama igual que el héroe troyano, porque para el narrador la guerra religiosa es una gesta épica:

no existe en la historia el hecho de un pueblo que haya conservado su fe católica con tal florecimiento y vigor, sujeto a las condiciones internas y externas en que ha vivido el pueblo de México por más de cincuenta años: el laicismo integral artero, anestésico, de un Gobierno dictatorial, y el protestantismo millonario, invasor, absorbente, de un vecino país imperialista (76).

El luto humano, como *Héctor*, ofrece una síntesis del movimiento religioso, pero desde una perspectiva ideológica distinta. En tanto que en el texto de *Revueltas* el obispo de Huejutla, uno de los más comprometidos con la rebelión, es calificado de "Savonarola frenético" (170) y ejemplifica el fanatismo religioso, en el de Gram es considerado un héroe:

destacóse en la tribuna el pujante Obispo de Huejutla, presagiano al gran Prelado, fuerte, inquebrantable, gloria de la patria, para proclamar que no obstante los espantosos crímenes cometidos por Méjico, tenía fe en los destinos de la nación (78).

2.2. Un rasgo más o menos constante en las novelas cristeras, en línea directa con la anterior narrativa de la Revolución, es el relato de las crueldades cometidas por uno u otro bando. La forma de enfocar estos acontecimientos es indicativa del partido asumido por el narrador y de su concepción de la historia. En *Héctor*, por supuesto, se pone el acento en los tormentos padecidos por los guerrilleros religiosos:

Fue entonces atado de los dedos pulgares de las manos. Don Luis sintió que con garfios le arrancaban de un golpe todas las fibras de los dedos y de las manos; que le estiraban hasta reventarlos, los nervios todos del antebrazo y brazo, que aquel dolor le estrujaba pulmones y corazón, multifurcándose de ahí hacia todas las regiones de su cuerpo [...]. La intensidad del sufrimiento provocábale sacudimientos y convulsiones, como las de un águila moribunda [...]. Un único pensamiento le consolaba. Que aquel martirio suyo se sumaba con muchos otros martirios; su sangre y sus lágrimas, a las lágrimas y la sangre de muchos otros mejicanos (239-240).

Un punto de vista opuesto al de Gram, en contra de los cristeros y a favor del agrarismo gubernamental, es el de Aurelio Robles Castillo en su novela *¡Ay Jalisco... No te rajes! O la Guerra Santa* (1938). En este libro se recalca el sadismo de los insurrectos:

No obstante la ecuanimidad del Estado, la sangre comenzó a correr. La fobia antigubernamental se desataba, sobre todo, en las mujeres que se sentían Juanas de Arco, e incitaban a la rebelión a sus hijos.

Las víctimas comenzaron: un joven abogado, culto, letrado que desempeñaba el puesto de Juez en un poblado de la región, fue comisionado para hacer el inventario del templo que se entregaba a la Junta Vecinal; la multitud de mujeres, abandonando sus hogares, sus ocupaciones domésticas y sus hijos, se estacionó dentro del templo.

El joven profesionista llegó acompañado de los vecinos más caracterizados, todo corrección y pulcritud. Ya dentro del templo, al grito de "¡Abajo el mal gobierno!", la multitud se le echó encima. Fueron inútiles los esfuerzos que se hicieron para sal-

varlo de las garras de aquellas mujeres fanáticas. La vida de quien intentaba salvarlo, también se ponía en peligro. Cuando se restableció la calma, había desaparecido el cuerpo del doctor en Derecho. Las fieras aquellas, pedazo a pedazo, lo habían acabado; los coágulos de sangre manchaban el blanco piso del templo, y la cabeza desprendida del cuerpo, rodaba en macabras evoluciones (Robles Castillo 160).

A su vez, José Guadalupe de Anda, en su novela *Los cristeros (La Guerra Santa en Los Altos)* (1937), intenta dar una visión equilibrada de la guerra religiosa, pues siente, en palabras de Brushwood, más interés "por la tragedia social inmediata que por la propaganda" (377).

En esta novela, cuyo mérito literario son los diálogos que recrean con gracia el lenguaje regional de Los Altos de Jalisco, los personajes dan testimonio de las crueldades de los federales.³ Sin embargo, las anécdotas acerca de la inhumana ferocidad de los cristeros son más numerosas y aparecen dichas lo mismo por los personajes que por el narrador.⁴ En un balance global se observa

³ Un ejemplo de la crueldad de los federales es el pasaje en el que alguien interroga a una mujer del campo acerca de su marido, y ella cuenta cómo lo mató un soldado federal que perseguía cristeros. Éste es un fragmento del discurso de la mujer:

—“¿Ónde están esos cristeros que vengo siguiendo. ¿Pa’ ónde ganaron?”

—Pos señor, no vide. Como estaba agachado arriando mi yuntita...

—Cómo no ibas a ver, ¡jijo de un...! —le dice cogiéndolo de la camisa, zarandeándolo.

—Pos no señor, como se lo estoy diciendo a su mercé; no vide —le contesta Juan con aquellos tamaños que tenía. El maldecido sardo se le queda mirando, con los pelos del bigote paraos, rechinando los dientes, cenizo de coraje.

—¿Con que no vites, cristero jijo de la tiznada...? —le grita dándole un aventón contra la cerca.

—Pos no, señor...

—Bueno, pos pa’ que otra vez abras bien los ojos...¡toma!!! ¡Y me lo dejó tirao como un perro, con un balazo en la cabeza...!!!” (Anda 145-146).

⁴ Un ejemplo de la atrocidad ejercida por los cristeros es el siguiente:

“Don Ramón viene apoyado en una vara de grangeno, arrastrando una pierna. Su cara es una bola de carne sanguinolenta, cubierta de pelos. Sin sombrero, el pelo alborotado, corriéndole arroyos de sangre por la cara y el

que, a pesar de aspirar a la objetividad, Anda se inclina en favor de los federales.

En *El luto humano* hay asimismo anécdotas que prueban la atrocidad de los integrantes de uno y otro bando, casi siempre narradas a través de la perspectiva del sacerdote. Así, por ejemplo, se presenta la muerte de un jefe cristero llamado Valentín.⁵ Durante la guerra religiosa, Adán, entonces soldado federal, detuvo al cristero; después de herirlo en un pie, lo amarró a su caballo y lo llevó así, andando, durante varias horas:

—Quiero morir... [...].

—Bueno, si es tu gusto, ¿qué le vamos a hacer?

Lo arrastró un trecho considerable hasta el tronco de un cacto gigantesco. Ahí lo ató con vigor.

Gruesas gotas corrían por la frente de Valentín.

—¿Qué? ¿No me vas a matar?

Adán soltó una carcajada.

—No. Ahí te dejo. Mejor que te coman los zopilotes.

Se alejó entonces en su caballo, con pasos muy lentos, para, sin que Valentín se apercibiera, observarlo desde un arbusto divirtiéndose a su costa [...]. Así pasaron los minutos hasta completar una media hora [...]. Después, sin hacer ruido [...], Adán se aproximó con su pistola en la mano.

—¡Ándale!— dijo un segundo antes de disparar (174-175).

Se relata asimismo la tortura inflingida por los guerrilleros religiosos a un maestro:

Aquella vez que trajeron consigo a un joven maestro rural, cortá-

cuello. La ropa hecha jirones, deja a descubierto las piernas y la espalda llenas de raspaduras y moretones [...]. —Madre —le dice con voz doliente—: mire cómo me han dejao esos hombres que dicen desfender a Dios" (Anda 136-137).

⁵ Este personaje parece inspirado en el mismo protagonista del famoso corrido de Valentín de la Sierra. De él escribe Jean Meyer (406-407): "Valentín Ávila, del rancho de los Landa, cerca de Huejuquilla, era un simple cristero, fusilado por los federales en 1928. La «tragedia» fue compuesta por los hermanos Pacheco [...]. A los federales que lo habían ejecutado les gustó la canción, y el corrido de Valentín, convertido en Valentín de la Sierra, se difundió por toda la República".

ronle la lengua, en las afueras del pueblo. Parecía como si el muchacho estuviera bebiendo sangre a cubos.

— ¿No quieres un poquito de mezcal? —le preguntó Guadalupe, el jefe cristero—, ¿para que te refresques?

¿Qué iba a responder el maestro? Aes, oes y ues, únicamente y con la garganta o el estómago, en modo alguno con la boca.

—¡Ándele! —y sonreía el jefe cristero.

Trajeron una jícara llena y con un marrazo abrieronle al maestro los apretados dientes para que tragara la lumbre, el fuego aquel, con su sangrante boca sin lengua (169).⁶

El narrador siente compasión y simpatía por las víctimas de las dos facciones en lucha, pero en ningún caso justifica la crueldad; así dice, asumiendo el punto de vista del sacerdote:

No era distinta la muerte de Valentín a la del joven maestro a quien los cristeros arrancaron la lengua para hacerlo beber mezcal en seguida. Igual odio había en ambas partes, igual salvaje ímpetu de tortura (176).

El horror del cura deriva principalmente de la transgresión de lo esencial religioso, que en esta novela ha sido definido como el hecho de unir a los hombres entre sí y a los hombres con Dios —“lo religioso tenía para su iglesia un sentido estricto, literal, *religare*, ligarse, atarse” (29).

La crítica al dogmatismo inherente a todo sistema cerrado de pensamiento es fundamental en la obra de José Revueltas; en esta novela se refiere a la religión, transformada en fanatismo; en textos posteriores se centrará en el estalinismo. Todo dogmatismo conduce a la división entre los hombres y puede culminar en el fratricidio: tal es la concepción implícita en la narrativa revueltiana. *Fratricidio* es, pues, un vocablo clave en *El luto humano*.

Aquí los episodios que ejemplifican la atrocidad están intercalados con la transcripción de fragmentos de un discurso del men-

⁶ José Revueltas dedicó otros dos relatos al tema de la intolerancia cristera, “Dios en la tierra” y “¿Cuánta será la oscuridad?”, ambos incluidos en el volumen *Dios en la tierra* (OC 8).

cionado obispo de Huejutla, quien incita al pueblo a rebelarse en nombre de Cristo. El tono del obispo es agresivo:

¿Toleraréis que el monstruo bolchevique penetre al santuario de las conciencias de vuestros vástagos para destrozar la religión de vuestros padres y plantar en él la bandera del demonio? (170).

El entreveramiento del discurso irracional y dogmático con las anécdotas que muestran los efectos del fanatismo deja clara la repulsa del sacerdote —y del narrador— a esta actitud, de cualquier signo.

El tratamiento de la guerra religiosa en esta novela es más complejo que en las anteriores. El narrador enfatiza su crítica a ambas facciones, pero no se exime de tomar partido, y lo hace en contra de los cristeros. El análisis del personaje sacerdote sintetiza esta actitud. El cura está desgarrado por la duplicidad de sus relaciones con los otros hombres; duplicidad generada por la alternancia del distanciamiento y la aproximación. La actitud de distanciamiento permite al cura situarse por encima de los demás y, como una especie de dios —o como el enviado de dios—, mirar y saber más que ellos; le permite observar y juzgar con imparcialidad las fallidas conductas humanas e integrar las contradicciones entre los hombres bajo el común denominador de una visión trágica. De ahí su afirmación acerca de la Cristiada: “fue éste un periodo mucho más confuso, mucho más trágicamente confuso que otros” (171).

Comparada con la de 1910, la guerra religiosa parece revelar la progresiva decadencia del país. Durante la Revolución, si bien la lucha no carecía de prácticas fratricidas, había alguien que comprendía su sentido histórico: Natividad, a excepción de los mencionados tres días. En cambio, durante la guerra religiosa no hay nadie que sea capaz de hacerlo. El narrador omite hablar del personaje Natividad en esta etapa, y el cura, conciencia crítica de los acontecimientos, opina: “Sobre el desaliento del pueblo fincóse la sangre y se empezó a luchar sin sentido, al parecer únicamente con el sentido de acabar, de perderse” (172).

A la inversa, la actitud de aproximación impone al cura la ne-

cesidad, ética y afectiva, de involucrarse con los demás hombres, al mismo nivel que ellos. Así, no obstante su radical rechazo de la violencia fanática, el cura decide tomar parte y se constituye en un eslabón más en la cadena de homicidios que atraviesan la trama: los cristeros Valentín y Guadalupe dan muerte al maestro rural; Adán mata a Valentín, a Guadalupe y —años después— a Natividad; el cura —también años después— mata a Adán y cierra el círculo. Esta última escena está ausente del relato hasta casi el final de la novela. El capítulo II finaliza cuando Adán, Úrsulo y el cura suben a la embarcación para atravesar el río; el III principia con la llegada del cura y Úrsulo, sin Adán, al velorio de Chonita. Pero no es hasta el capítulo IX cuando se aclara que, durante el trayecto por el río, el cura había dado muerte a Adán, clavándole un cuchillo, en un acto reminiscente de los sacrificios prehispánicos.

El acto es significativo, porque durante la guerra religiosa el cura reitera el denominador común entre los contendientes de uno y otro lado: todos ellos son “imposibles, morenos” (78). Todos, víctimas de la herencia de las religiones prehispánicas: “Porque ni la Iglesia romana ni la del Cisma dependían de Roma, en realidad. Eran ambas una sola Iglesia; una Iglesia de la nostalgia, de la resignación y de la muerte” (30-31).

A lo largo de extensas disquisiciones, el sacerdote y el narrador opinan que las religiones indígenas tienen una connotación negativa, orientada a la muerte, frente al cristianismo, que es signo de amor y unión. En tanto que el dios cristiano se caracteriza porque todo lo sabe y todo lo ve, los cristeros, anticristianos, son asociados con la ceguera, a causa de su fanatismo. Dios es vida, pero los guerrilleros religiosos se vinculan con la piedra, cuya significación es de muerte: la tropa de Jesús “no tenía miedo ni valor, ceguera tan sólo, pedernal en las entrañas” (169). Carencia de ojos y dureza de pedernal han sido también los atributos definitorios de los mestizos Adán y Úrsulo. Pero pese a su rechazo de esta tradición religiosa mexicana, el sacerdote se convierte en asesino, actuando como si ejerciera un ritual de sacrificio.

2.3. Un fenómeno generalizado durante la guerra religiosa, del

que dan testimonio los estudios históricos, fue la invención de milagros o hechos sobrenaturales (Meyer 303). Las novelas cristeras publicadas antes que *El luto humano* apenas registran estos casos. En *Los cristeros*, de José Guadalupe de Anda, se relata cómo un guerrillero religioso percibe la presencia de un muerto junto a un mezquite, pero se trata de la impresión subjetiva de un personaje.⁷ La novela de Revueltas sí da cuenta de acontecimientos sobrenaturales, por ejemplo el milagro del cristero:

Un soldado cristero fue herido en forma horrible. Su cabeza voló en pedazos dejando tan sólo el tronco, grotesco y bárbaro. Resulta fantástico, increíble, pero el cristero se levantó corriendo sin cabeza, borracho, zigzagueando, para volverse a retaguardia y caer junto a los pies de la cruz, una que había a la entrada del pueblo. Nadie lavó la sangre de aquella cruz que, dijo la gente, empezó a crecer como un árbol, cual si la sangre fuese el agua necesaria, la indispensable levadura (170).

El narrador de *El luto humano* evalúa críticamente la visión popular, como una expresión supersticiosa. El cura recuerda las palabras del pueblo acerca del milagro del cristero —“¿Podría dudarse entonces de la existencia de Dios?” (170)— junto a su propia interpretación: “La cruz crecía. La cruz del milagro, empa-

⁷ Este es el pasaje mencionado:

“Caminaban conversando de cosas ajenas a los difuntos, cuando al pasar debajo de un mezquite, El Pando lanza un grito espantoso. El caballo se dispara, bufando, hacia afuera del camino. El Pando, sin sombrero, no puede hablar del temor que lo sacude.

Policarpo y los demás se le acercan.

—¿Qué te pasó, Pando?

—¡El dijunto!, ¡El dijunto...! —les contesta castañetéándole los dientes.

—¿Ónde? —tiemblan todos a la vez.

—¡Eeen eeel meequite...! —y corren todos espantados, creyendo se trataba de alguna ánima en pena.

Ya a distancia, cuando se incorporaron al grueso de la columna, comenzaron a rezar una estación.

El Pando todavía no podía volver en sí; todavía sentía la impresión de los pies del colgado sobre el pescuezo” (Anda 172-173).

pada en sangre, como una planta, cruz monstruosa creciendo, la misma del cristero sin cabeza" (172).

Idéntica actitud tiene el cura, portavoz del narrador, al relatar cómo el cacto en que fue colgado el jefe Valentín se volvió objeto de culto:

¿Por qué aquellas sombras sobre el entendimiento del hombre? He aquí que Valentín —un oscuro, fanático criminal— habíase convertido en mártir, y en mártir de la religión. Con riesgo de su vida, los habitantes del pueblo peregrinaban en secreto, hurtándose a los federales, hasta el cacto, hasta la monstruosa y verdadera cruz mexicana, para orar bajo los tres o cuatro brazos siniestros de la planta (177).

2.4. Una novela que en algunos sentidos se acerca a la de *Revueeltas* es, como he dicho, *La virgen de los cristeros* (1934) de Fernando Robles.

El narrador de esta obra no se detiene en los episodios de crueldad y trata de guardar una actitud distanciada frente a las facciones en lucha. Aunque al principio de la trama hay una aparente simpatía del protagonista por los cristeros —a causa sobre todo de que se enamora de una militante religiosa—, la simpatía se desvanece hacia el desenlace. El narrador, al igual que el de *El luto humano*, critica tanto a federales como a cristeros; y también, como él, atribuye a la herencia y el origen étnico de los integrantes de ambos bandos su carencia de significado vital, su impulso hacia la guerra y la muerte:

Todos [los cristeros] odiaban sinceramente al gobierno; pero era esa ansia de desconocido la que los había arrojado a la revolución y seguíanlos manteniendo a horcajadas en el caballo, con el rifle atravesado sobre la silla. También en ellos pesaba, abrumador, el atavismo; todos sus antepasados, desde los aztecas, habían peleado, unas veces por necesidad, muchas, las más, por satisfacer un vago instinto, el de las "guerras floridas".

Ahora toda aquella gente iba a derramar su sangre por Cristo Rey, exactamente como aún hacía poco tiempo lo habían hecho en la revolución constitucionalista. Y del otro lado, hombres

iguales a ellos, los esperaban con el gesto feroz del homicidio, igualmente dispuestos a jugarse la vida empujados por el mismo instinto (F. Robles 254).

No es extraño que en esta novela, como en la de *Revueltas*, el narrador afirme: "allá en los cerros, del otro lado del llano, la lucha fratricida enconábase y progresaba" (F. Robles 89).

2.5. Hay asimismo en ambas novelas un tratamiento parecido de las relaciones entre la naturaleza y los hombres, en las cuales juega un papel central el río. En el pueblo de Úrsulo:

Periodos de prosperidad o de infortunio determinados siempre por el río.

Un viejo gustaba de exclamar, mirándolo:

—Es nuestra madre y nuestro padre. A veces nos da y a veces nos niega. Entre sus manos moriremos.

Río turbio, jamás de agua clara. De ahí los cuerpos cenizos, la ropa percutida (*Revueltas OC 2*: 166-167).

En la población en donde se ubica *La virgen de los cristeros*, la vida gira también alrededor del río:

El río era el dios de la región, un dios caprichoso y cruel. Si un verano no bajaba la creciente, las tierras padecían sequedad durante todo el año; no había siembra de trigo y, por lo tanto, escaseaba el trabajo [...]. Pero cuando llovía copiosamente en las montañas [...] entonces el río bajaba terrible y amenazador (F. Robles 59).

El protagonista de esta obra, publicada siete años antes que la de *Revueltas*, Don Carlos, hijo de un hacendado que vuelve al país después de estudiar en los Estados Unidos y en Europa, habla de un programa de "redención espiritual y económica de los campesinos de su patria" (13), lo que recuerda el proyecto de Natividad en *El luto humano*. Pero las vías de la redención sugeridas son distintas en ambas novelas. Don Carlos deseaba civilizar a los campesinos mexicanos "introduciendo al país la emigración

rural de Europa" (F. Robles 13), para que, una vez educados, pudieran poseer la tierra. Puesto que "no creía en la confiscación violenta y sin indemnizar, ni en el ejido comunal" (13), el proceso de apropiación de la tierra, por parte de los campesinos, tendría que llevarse a cabo de la siguiente manera:

debían formarse compañías que adquirieran las grandes haciendas y construyeran obras de riego, para vender después pequeñas parcelas de tierra, ya listas para producir, a los campesinos nacionales y extranjeros, facilitándoles esta adquisición por un sistema de pagos a largo plazo (F. Robles 13).

La propuesta difiere radicalmente de la del líder Natividad, quien pensaba en un proyecto colectivista que se aproximara al socialismo. Los autores de ambas novelas se oponen a la reforma agraria nacional, pero en tanto que Fernando Robles expresa la posición de los hacendados que defienden sus propiedades, la crítica de José Revueltas es que la reforma en el agro era más aparente que real. En *El luto humano* se explica al respecto que el gobierno surgido de la Revolución "había establecido en el país diversas unidades de riego, en tierras expropiadas al latifundismo" (Revueltas *OC* 2: 132), e instalado una red de organismos para hacer funcionar estas unidades; pero dejando siempre intacta la propiedad privada de la tierra. Así el gobierno podía exhibir como propias las reivindicaciones de las masas durante la Revolución, a la vez que de hecho frenaba una verdadera transformación de las condiciones en el campo (132-133). Piensa Natividad:

El modo de propiedad, por inadecuado, constituía, empero, un terrible obstáculo para cualquier reforma. Tal vez una cooperativa y la implantación del trabajo colectivo mejoraran todo (134-135).

En *La virgen de los cristeros*, durante un periodo, la bien administrada hacienda de Don Carlos y su padre, que combina las antiguas costumbres del segundo con las ideas modernizadoras del primero, es un ejemplo de encauzamiento de las fuerzas naturales y humanas en beneficio de la productividad. La descripción

de las labores agrícolas se parece a la de los buenos momentos del Sistema de riego en *El luto humano*.⁸ Así, en el texto de Fernando Robles

Pasada la temporada de lluvias, el sol volvía a acariciar sin desmayo la naturaleza y entre sus dedos ardientes y luminosos la tierra esponjábese dispuesta para la nueva fecundación. Las mazorcas habían madurado en las milpas y luego habíanse secado junto con los tallos, por lo que los medieros ahora se entregaban afanosos a la tarea del tumbre; después, cuando el maíz secara completamente en las montoneras, vendría la cosecha tan esperada.

Todas las mañanas oíase en la llanura el ronco trepidar de los tractores que, altaneros, iban cruzando los vasos de las presas rasgando la tierra en largos y anchos trozos, que luego otras máquinas rompían y pulverizaban para que pudieran entrar las sembradoras a clavar en líneas rectas los granos de trigo (F. Robles 88).

En *La virgen de los cristeros*, mientras en la hacienda se sembraba, en los cerros crecía la explosión de la guerrilla religiosa (89). Don Carlos pierde a su padre y a su esposa en el movimiento y, hacia el final de la novela, expresa una actitud desesperanzada, que implica su certeza de convivir con un pueblo sin redención, diciendo a sus correligionarios: "estoy harto de esta revolución, de este país; todos ustedes son iguales, todos están acabando con la patria" (276).

Si en la trama de Robles la historia parece detenerse en la gue-

⁸ En *El luto humano*, Natividad tiene una impresión idílica del trabajo en el sistema de riego, la primera vez que lo visita. Más adelante pondrá en cuestión esta visión inicial: "En su torno elevábase un ruido sólido, rítmico y armonioso. Eran los tractores, que aun pequeños tomados a distancia, producían no obstante su rumor vivo y alentador. Por todas partes el trabajo ordenaba su viril sinfonía y las voces de los jornaleros, llenas de poder y volumen, se oían a intervalos, roncas, agudas, graves, vibrantes de existencia. Superponíanse las amelgas en precisos rectángulos, cuyo color variaba imperceptiblemente a merced de las ondulaciones del terreno, y de gris o verde, comenzaban por tornarse violeta en la lejanía, a efectos de la bruma mañanera" (133).

rra religiosa, en *El luto humano* la Cristiada es sólo una etapa más, después de la cual el pueblo tiene una nueva oportunidad. Con la paz y el fortalecimiento del nuevo orden, la reforma agraria estatal proporciona a los campesinos ex-revolucionarios un poco de esperanza. El río y en general la naturaleza sólo son dominados por los hombres durante la efímera bonanza del sistema de riego, cuando ellos creen haber alcanzado las reivindicaciones por las que habían luchado:

El río maldito, inconstante, fue hecho prisionero. Sus aguas fueron entrecerradas, y calculando aun la misma irregularidad de las lluvias, según decían los ingenieros, el depósito tenía una capacidad para cinco años de riego.

No contaron, desde luego, con las cuarteaduras de la cortina (Revueltas *OC* 2: 167-168).

Las cuarteaduras de la presa y la incapacidad humana para darles alguna solución conllevaron la sequía, el fracaso de la huelga en el sistema de riego y el éxodo de los pobladores. Hay una imbricación de causas naturales y sociales que determina el desastre de la población. Tras la frustración del anhelo propiciado por el sistema de riego y la muerte de Natividad, esa especie de Cristo comunista, no queda en el pueblo lugar para el amor ni la vida. Los hombres retroceden a los tiempos en que estaban a merced de la naturaleza y acaban por volverse sus víctimas. Se impone la herencia prehispánica una vez que fue degradada por la conquista, predomina el impulso a la muerte, que se extiende del pueblito de Adán y Úrsulo a todo el país. Los personajes y la tierra quedan sumidos en la esterilidad: "Y este país era un país de muertos caminando, hondo país en busca del ancla, del sostén secreto" (25); "mientras persistiera el símbolo trágico de la serpiente y del águila, del veneno y la rapacidad, no habría esperanza" (117).

La esterilidad y el impulso de muerte se expresan en forma privilegiada en la tierra, símbolo del país:

tierra avara y yerma; extensiones de cal dura y sin misericordia donde florecían las calaveras de los caballos y escuchábase el

seco rumor de las culebras sedientas; desgracia de tierra apenas con sus cactus llenos de ceniza y agrio jugo de lágrimas remotas, hundidas en lejana geología (26).

En otra de las novelas mencionadas, *Los cristeros* de José Guadalupe de Anda, hay descripciones paisajísticas parecidas, aunque sin el carácter simbólico que tienen las de Revueltas. Así, al hablar del pueblo llamado Rincón de Chávez se dice:

Hosco caserío de adobes, escondido entre viejos mezquites y sarnosos nopales [...], cueva de valientes [...], nido de matones y malaveriguados [...]. ¡Tierra de prodigio, donde se siembran calaveras y nacen cruces! (Anda 81).

Entre paréntesis, el paisaje de *El luto humano* se vincula asimismo con el de una novela que no pertenece al ciclo de las cristeras, *El resplandor* (1937) de Mauricio Magdaleno. Ésta describe la vida en un pueblo, San Andrés de la Cal, donde los indígenas pasaron de ser explotados por el régimen porfirista a ser aún más explotados por la Revolución institucionalizada:

¡ [...] el horizonte ígneo como un resplandor, calvo y güero de sol, tierra tétrica, tierra de ceniza y cal, tierra de eras despintadas que vomitan el salitre, tierra blanca, fina, enjoyada de pederal y comida de erosión, tierra y magueyal cetrinos, tierra y cuevas de adobe, tierra y delirio! (Magdaleno 4).

La energía, en la tierra del otomí, se reconcentra en longevidad y en un monstruoso mimetismo con el mineral y el cacto (Magdaleno 8).

Los habitantes de San Andrés de la Cal pasan muchos años soñando con una presa. Trabajan de balde para obtener un "grandioso sistema de riego" (Magdaleno 40), que nunca se concreta. Parece como si la novela de Revueltas continuara la historia de *El resplandor*, reiterando que aún la obtención de la presa no iba a solucionar los problemas de San Andrés de la Cal.

Volviendo a la novela cristera, podemos concluir que la relación de Revueltas con estas obras depende de su visión de la propia guerra religiosa como movimiento histórico. Aun cuando

piensa que el pueblo se lanzó a la guerra impelido por una carencia de significado vital, para el escritor esta batalla en nombre de Cristo simboliza la actitud más anticristiana y antirreligiosa posible: el fanatismo dividió al país y desató el fratricidio. *El luto humano* se distancia de las novelas partidarias de los cristeros y coincide con una visión relativamente más equilibrada, aunque sin dejar de subrayar su especificidad ideológica; entre las facciones en lucha, toma partido en contra de la guerrilla religiosa.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ANDA, JOSÉ GUADALUPE DE. *Los cristeros. La Guerra Santa en Los altos*. 1937. México: Premiá, 1982.
- AZUELA, MARIANO. *Los de abajo*. 1915. Ed. Jorge Ruffinelli. Col. Archivos, México: SEP, 1988.
- BRUSHWOOD, JOHN S. *México en su novela*. 1966. Trad. Francisco González Aramburu. México: FCE, 1987.
- BURKE, PETER. "El descubrimiento de la cultura popular." *Historia popular y teoría socialista*. Ed. Raphael Samuel. 1981. Trad. Jordi Beltrán. Barcelona: Grijalbo, 1984. 78-92.
- CORTÉS GAVIÑO, AGUSTÍN. *La novela de la contrarrevolución mexicana. (La novela cristera)*. Tesis. UNAM, 1977.
- DESSAU, ADALBERT. *La novela de la Revolución Mexicana*. 1967. Trad. Juan José Utrilla. México: FCE, 1972.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL, CHRISTOPHER, ed. Vol. 1 de *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*. 2 vols. México: FCE, 1989.
- GRAM, JORGE. *Héctor. Novela histórica cristera*. México: Jus, 1966.
- GUZMÁN, MARTÍN LUIS. *El águila y la serpiente*. 1928. Vol. 1 de *Obras completas*. 3 vols. México: Compañía General de Ediciones, 1971. 291-729.
- KRISTEVA, JULIA. *Le texte du roman*. The Hague / Paris: Mouton, 1970.
- LÓPEZ Y FUENTES, GREGORIO. *Tierra. La revolución agraria en México*. 1932. Vol. 2 de *La novela de la Revolución mexicana*. 2 vols. México: Aguilar, 1960. 253-304.
- MAGDALENO, MAURICIO. *El resplandor*. 1937. México: PROMEXA 1979.
- MANCISIDOR, JOSÉ. *La ciudad roja*. 1932. Vol. 2 de *Obras completas*. [OC] 5 vols. Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz, 1978. 147-292.

- —. "Mi deuda con Azuela." 1956. Vol. 5 de *OC*. 5 vols. Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz, 1980. 771-776.
- MANSOUR, MÓNICA. "Cúspides inaccesibles." En *Los de abajo*. Por Mariano Azuela. 1915. Ed. Jorge Ruffinelli. Col. Archivos. México: SEP, 1988. 251-274.
- MÉYER, JEAN. Vol. 3 de *La Cristiada*. 3 vols. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 1974.
- REVUELTAS, JOSÉ. *El luto humano*. 1943. Vol. 2 de *Obras completas*. [*OC*]. 26 vols. México: Era, 1980.
- —. *Dios en la tierra*. 1944. Vol. 8 de *OC*, 1979.
- —. "Universalidad y mexicanidad de Martín Luis Guzmán." 1967. *Visión del Paricutín*. Vol. 24 de *OC*, 1983. 253-255.
- —. "La novela, tarea de México." 1946. *Visión del Paricutín*. Vol. 24 de *OC*, 1983. 231-241.
- ROBLES, FERNANDO. *La virgen de los cristeros*. 1934. México: Premiá, 1982.
- ROBLES CASTILLO, AURELIO. ¡Ay, Jalisco... no te rajes! *O la Guerra Santa*. México: Botas, 1938.
- SAMUEL, RAPHAEL. "Historia popular, historia del pueblo." *Historia popular y teoría socialista*. 1981. Ed. Raphael Samuel. Trad. Jordi Beltrán. Barcelona: Grijalbo, 1984. 15-47.
- SEFCHOVICH, SARA. *México: país de ideas, país de novelas*. México: Grijalbo, 1987.